

---

# Gastón García Cantú

## PROSA LIBRE

### NO EN LIBERTAD



“El (Fidel Castro) creía en la historia, yo era más nihilista”. Esta confesión de Carlos Franqui puede ser el epígrafe de su *Retrato de Familia*. La escribió al final de su libro, no obstante es el tema, el asunto implícito: de una parte, el político, el hombre que actúa en lo inmediato; de otra, el que discurre ante lo real lo que debía ser. El político tiene un fin que encubre o proclama; cambia de contenido o reitera, descubriendo nuevas fases; a veces se aproxima a sus fines, en otras se aleja para recobrarlos y crear un nuevo móvil. No es posible asir al dirigente, abarcar lo variable de su empresa, persuadirlo con palabras que no sean las suyas. No admite sino sus propias dudas. Son breves tales instantes de búsqueda de una idea que contradiga la suya para reafirmarla. El político, el dirigente, no tiene consejeros sino oídos ajenos para lanzar en ellos lo que ha decidido. Más que lógica, intuición: facultad de ver por entre los hechos lo que conviene, lo que fortalece su poder. No otorga, en caso alguno, excepto el previo a su caída, participación. En nadie confía, salvo en sí mismo. El es un universo en torno del cual giran los sucesos: oye, atisba, pregunta, interroga a través de otras lenguas.

El verdadero opositor de un político es el nihilista que prescinde del poder, lo hace a un lado, se burla de sus medios y duda de los fines, el que antepone su deber moral a lo posible; su ideal, fijo, más allá de la historia. No admite lo ondulante, variable, de la naturaleza humana sino la línea recta, pura, sin desviaciones hacia lo abstracto: el bien o el mal; lo absoluto, no lo relativo.

Por sobre esas dos actitudes, en una historia alucinante como la de Cuba, Fidel Castro y Carlos Franqui expresan lo que es un político —uno de los mayores de nuestro tiempo— y un escritor que niega en lo absoluto del pueblo, todo principio político: nihilista en su acepción inequívoca. El resultado, el desencanto, de quien, al paso de avances y retrocesos,

va asilándose en el margen, en el sí y el no, el acercamiento y el rencor, la simpatía y el asco, la aceptación y el rechazo, hasta configurar el infierno en el que coloca a los adversarios de su ideal, no sin medirlos con su solitaria regla. A cada personaje su adjetivo y su sitio. Después de una condena otra más severa. Todo nihilista recobra a Savonarola con juicios lúcidos y relatos sin pruebas. La hoguera forjada en las páginas va cumpliendo el ritual del castigo eterno.

La lectura de *Retrato de familia con Fidel* lleva a un íntimo forcejeo entre el conocimiento y el desencanto, la verdad que cada uno elabora ante hechos distantes y el reverso que se parece a la invectiva contra el socialismo en Cuba. Es una lectura que obliga a la propia, silenciosa confrontación, a poner entre líneas las frases que refutan las afirmaciones, que asombra, que agita a través de un discurso obsesivo, fanático, las dudas que se hilan una tras otra hasta revertir el propósito de Franqui: anudar argumentos con un solo fin: destapar, desenmascarar, revelar, voltear las hojas más limpias en la historia actual de Latinoamérica. Sin embargo, es un libro de padecimientos. Remueve y demanda respuestas; por sobre todo, una: ¿hemos asistido a una mentira, a un doblez? ¿Es la de Franqui ejemplo de crítica que mide los hechos, los hombres, sus ideas, sus tentativas, en la búsqueda del socialismo? ¿Ha logrado el deber de un intelectual: no reír, no llorar sino entender?

Entender. Esta es la cuestión. Franqui participó en la lucha, sufrió torturas, dirigió *Revolución, Lunes, Radio rebelde*, escribió libros de participante. ¿Entendió? Su *Retrato de familia* está escrito en un estilo insólito en política: no es historia, no son memorias, tampoco apuntes; no es crónica ni relato; menos aún telegrama sin término, o largo cable de agencia internacional para que el redactor —en este caso el lector— complete o rehaga la obra en castellano común, porque se

trata de prosa libre. No poema aunque le pise la cola, no manifiesto si bien asoma su forma; tampoco periódico mural, sí, como fuente sintáctica, los titulares de los periódicos diarios. Franqui es un cabecero excepcional. *Revolución*, con frecuencia, suprimía los artículos en los titulares; eran —aún ocurre en *Granma*— lamentables por su ascendencia: “Tu inglés, un poco más precario que tu endeble español”; no incurre en ello Franqui, pero sí en la selva titular. El estilo define el propósito; el de Franqui, un testimonio personal sin pruebas. Si hubiera narrado, hecho historia, se habría comprometido a demostrar y contraprobar para dar una verdad, pero no: es su verdad sin datos ni referencias, sólo los recuerdos hilvanados como cable. Nada deja fuera: economía, industria, comercio, agricultura; alfabetización, partido, sobre todo, partido y pueblo: canción, burla, bongó, magia, estribillo y escudo: “Fidel, seguro, al yanqui dale duro.” Y decires y el ir y venir y los ojos, las manos y la boca de Fidel y Escalante agazapado y Raulito, duro, mudo, desafiante, y los adjetivos como piedras contra éste y aquél: ¡Oh, Nicolás, cobracheques! ¿Entendió Franqui o con sus titulares hizo su fotografía, su cuarto oscuro para revelar el desastre del socialismo en Cuba?

Del político y el nihilista, el *Retrato* —¿Fidel al centro, a la izquierda o la derecha de la fotografía?— debía pasar Franqui a los extremos obvios: Estado o pueblo; revolución humanista o estalinista; Cuba o satélite tropical; autonomía o dependencia y la sucesión —aquí histórica a pesar del autor— de las elecciones de Fidel: partido comunista en lugar de pueblo, Unión Soviética en vez de independencia y los fieles revolucionarios en la cárcel o el exilio; al fondo, en el horizonte, Miami y Huber Matos como símbolo. No alcanzó Franqui a verlo con su catalejo reclutando disidentes con la venia de Reagan. ¡El incomprendido Huber! La cubanía pierde y Cuba queda atada al fondo de su historia: la caña, el monocultivo, la dependencia. Milicias o Ejército.

Las camisas azules representan la etapa libertaria de la Revolución cubana.

Se las utilizó. No se confió en ellas. Hubiese sido compartir el poder con una institución revolucionaria a nivel de pueblo.

Era la segunda vez que la Revolución cubana ‘perdía’ la oportunidad de tener organización de pueblo.

Primero el 26.

Después la milicia.

La concepción castro-rusa que comenzaba a fundirse a influirse, concebía un instrumento de poder elitario: partido de cuadros: Seguridad, Ejército, burocracia.

Jefe único. Estado total y fuerte.

Trabajo y fusil, sí.

Pensamiento, trabajo y fusil, no.

Así de contundente. ¿Pruebas? Ninguna, sólo el titular omnisciente y el epígrafe implícito: créase o no.

El rojo y negro del 26, primer símbolo, se volvió azul y miliciano.

Y por segunda vez desde las alturas no se aceptó la participación del pueblo en el gobierno de la Revolución a paridad.

El poder desde arriba.

No desde abajo.

En resumen: desapareció la revolución cubana; el pueblo



entregó, sin protesta, sus armas y se humilló dulce, indefenso manso, al poder omnívoro de Fidel. El rojo y negro se desvaneció en el verde y azul. Castro, desde las alturas —nuevo dios hacedor de cuanto sucede en Cuba— aboliendo la paridad para someter a los cubanos.

El estilo de Franqui es dócil para dar al lector la simplicidad de los opuestos: pueblo o dirigente; verdeazul o rojinegro; campo o ciudad —Los hijos de Henoc— campesinos o barbudos; cubanos o comunistas...

Y la confesión en la confusión (p. 440):

Nunca me sentí político. No estaba en mi naturaleza. No me faltaba visión para ver venir las cosas.

Para comprenderlas y modificarlas.

No tenía *feeling* ni el arte y ni la demagogia que necesita un político.

Ni la frialdad.

Los discursos me parecen un horror. No soporto las presencias.

No me hago ilusiones de ser mejor que otros.

Ni creo en la idea virginal de tanta gente buena:

Rehacer la historia.

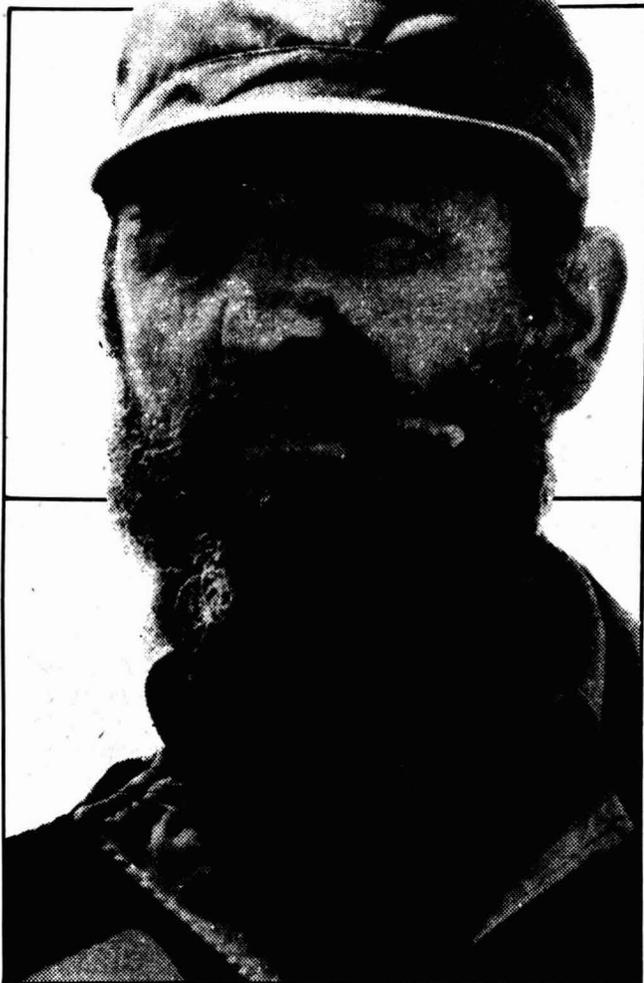
El proyecto comunista. El socialismo.

Cambiando hombres. Ni el instrumento. El modelo.

Ni la realidad total. No una parte de la realidad económica.

Ni la realidad total. No una parte de la realidad económica.

No niego la importancia del poder.



No creo que el mundo se pueda cambiar desde arriba. Lucha a paciencia de siglos para cambiarlo desde abajo. En Cuba no veía un fidelismo sin Fidel.

Ni un comunismo sin la Unión Soviética.

Y como no aceptaba ni a Estados Unidos ni a su CIA, ni a Miami ni a la contrarrevolución, me daban palos de todas las direcciones.

Me recordaba uno de mis poetas de cabecera: César Vallejo.

Ni me hice ilusiones nunca por estar cerca del poder.

El poder no se comparte.

Y el de Fidel menos.

Creía sólo en una gran revolución cultural, que intentara cambiar todo abajo, y sabía que era un casi imposible...

No es desahogo sino programa. En verdad, los opuestos. En *Retrato de familia* Fidel o Franqui. El político y el nihilista; dos protagonistas que conjugan de manera diferente los tiempos del verbo: el presente y el futuro perfecto o el pretérito y el futuro imperfecto. El que contra todo ha preservado la revolución cubana, logrando lo insólito en nuestros países, y el que, desencantado, no sin ira secreta, se exilia para escribir a cólera abierta su largo, rumbero, tumbacaña discurso. Uno es el proyecto de Cuba, el otro el de un escritor llamado Carlos Franqui; honrado hasta donde se ve; entusiasmado en la contrarrevolución. El desfile de los gestos inéditos: *Nikita, mariquita, / lo que se da/ no se quita*; el episodio de los coches sin ojivas; el servicio de la AP; la paciencia de Ben-

Bela, la sombra afilada de Bumedíán; la parsimonia del abogado Dorticós; la referencia a México: sólo la cárcel de "Miguel Schultz" y la discusión con el Ché Guevara y los diálogos ambiguos con éste; el olor salobre de la antigua Habana; la sombra de Lezama Lima: el son a Nicolás; persecuciones, asedios y el malecón allí, sólido, y el aire del danzón que se fue por Dios sabe dónde, el Vedado, abierto y de nuevo vedado y los actos opuestos a la verdad sólo poseída, repasada, releída, sobada por el propio Franqui; la prodigiosa alfabetización en medio de la crisis ¿cómo un pueblo perseguido, acosado, perdiendo hasta la alegría pudo aprender a leer de los que sabían? Misterio en los titulares. Franqui se pregunta a un lado del río popular:

Allí descubro la contradicción entre el poder y el pueblo. Mi propia contradicción.

(Pienso: dónde me pongo, dónde me pongo).

Tanques y aviones no me parecen el socialismo.

Nunca lo han sido, sólo sirven para hacerlo posible. La contradicción no es la que Franqui, sincero en su raíz, advirtió sino la del que en la acción popular, no sin angustia, se pregunta: ¿dónde me pongo? Hay epitafios entre interrogaciones. Hacerse a un lado no es cómodo. Se requiere valor y Franqui lo tuvo. No al poder; no a la revolución; no al comunismo; todo lo cual es un acto de libertad, pero ¿y el pueblo? ¿Es el gran imbécil? ¿El de las bofetadas, el de las burlas? ¿El engañado como un analfabeto, un chino?

¿Pueblo enloquecido por un demagogo o pueblo en armas contra el mayor poder de la historia? Lo nacional de Cuba es antimperialismo. Sólo contra los Estados Unidos era posible levantar el país, hacer la nación, llevar al cabo el propósito de Martí. La del Ché Guevara es frase no repetida: la de Cuba es Revolución de contragolpe. A cada amenaza o sabotaje norteamericano un paso adelante. Y Cuba es más Cuba. Es también revolución latinoamericana. Lo afrontado por nuestros pueblos en Cuba se ha realizado. Ha sido un desquite, un acto continuo del pueblo. Si el Partido Comunista estorbara, le llegará su día; si manipula, su hora; si somete, su merecido. Una cosa es el líder y otra el dictador. Después de la lectura de *Retrato de familia con Fidel* se comprueba que Fidel va con el viento del pueblo, con su demanda concreta. Las crisis lo demuestran. La crítica tiene un doble filo: advertencia o contrarrevolución. Franqui eligió el exilio. En su *Retrato* hay dolor de cubano y también un desaliento ya conocido en México, el de quienes se van, diciendo: ¡Este país no tiene remedio!

Sin duda la octava parte del capítulo III, *Lunes, la discusión*, es lo mejor del libro por el asunto: la libertad de crítica frente al poder político. La razón de estado no es la razón de la revolución. Por sobre dudas, voces desahoradas, desaciertos y errores está el derecho a decirlo a los demás. En esa discusión sólo hubo un punto final: el del poder que decide y el juicio del vencido en letra impresa. El poder cubano, en ese momento, perdió la razón. Incurrió en lo que combatiera. Fue de Fidel Castro una respuesta memorable: ¿Quién es el actor intelectual del movimiento? José Martí.

Jamás habrá argumento para clausurar, por falta de papel, la libertad. A partir de entonces es menor de lo que pudo ser. Este es el verdadero alegato de Franqui.

La prosa libre es la forma de quien está al margen. La prosa en libertad sólo se alcanza en la participación de la historia.

Frente o contra pero no afuera.